

Comenzaría precisamente por lo que estaba diciendo: ¿qué la impulsó a recopilar estos testimonios, estos "fragmentos de humanidad"? ¿Qué esperaba encontrar y cuáles son las anécdotas que más la han sorprendido? Quizás ya tenía una idea positiva del autor, del propio Ratzinger, pero tal vez se sorprendió aún más por otros matices.

Hay dos motivos: uno de carácter más objetivo, ligado al trabajo que hago, y el otro quizás de carácter más personal, ligado a lo que se siente en las distintas etapas de la vida.

Seguí el pontificado de Ratzinger día a día como periodista de agencia. Esto significa seguir todo lo que hace y dice, a dónde va, los documentos y los discursos, de manera casi obsesiva; así se seguía en la agencia cuando yo lo hacía. Tuve el gran privilegio de hacerlo desde el primer hasta el último día, por lo que existía ese interés profesional. Pero en realidad, laboralmente, ya conocía a Ratzinger desde antes: él llevaba en Roma 23 años cuando fue elegido Papa.

Yo llegué al Vaticano en 1994. Era joven, una cronista tal vez ignorante pero muy, muy curiosa, y me encontré enseguida con este personaje. Hay un episodio significativo, una historia grabada en la memoria de cuando él todavía era Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Daba una docta conferencia en el Aula Vieja del Sínodo y, al final, nosotros, los jóvenes periodistas —un puñado de jovencísimos enviados al frente detrás del gran teólogo— nos acercamos para pedir algunas aclaraciones.

Estaba su secretario de entonces, Monseñor Clemens, que intentaba mantenernos a raya. En cambio, Ratzinger se detuvo. Recuerdo perfectamente sus pasos (caminaba siempre con pasitos pequeños y rápidos): se paró en las escaleras del Aula Nueva, nos hizo acercarnos, preguntó qué queríamos y nos explicó. Nos dio una clase allí mismo, de pie. Tuve de inmediato esa imagen nítida —sería el año 95 o 96— de un hombre al que le gusta explicar, enseñar. Algo que aprecié mucho, porque a mí me gustaba aprender y escuchar a los maestros.

Esta imagen contrastaba con la pública. Cuando llegué al Vaticano, el Ratzinger dibujado por los medios (italianos, alemanes y de todo el mundo) era el "frío", el álgido custodio de la fe, el *Panzerkardinal*. Sin embargo, el profesor que se detiene en las escaleras no correspondía a esa descripción. A lo largo de los años lo seguí en otras ocasiones, siempre laborales —nunca he pertenecido al círculo de amigos, debo precisarlo— pero me había hecho una idea del hombre. No del teólogo, no del Papa, sino del hombre.

En cierto momento surgió la necesidad profesional de contar este lado menos conocido. Esta necesidad nació en un momento personal mío: después de todas las experiencias vividas (no soy jovencísima, tengo 66 años), después de haber observado a varios Papas, me di cuenta de que ya no me interesa el aspecto técnico, sino el humano. Nuestro oficio se ha acelerado, tecnificado, estamos a merced de la inteligencia artificial, y la persona —sus sentimientos, las reacciones, el modo de hacer comunidad— parece no tener ya espacio. Yo, en cambio, persigo esa búsqueda de lo humano en la noticia.

Hay una cita en el libro, tomada de la conversación con Peter Seewald, en la que Ratzinger dice: "Hay que bajar de la torre de marfil... interrógame sin arrogancia, a partir de las preguntas de la vida". Y en otra ocasión dice apreciar las entrevistas porque "la fe se siente transmitida así, con la voz, con el encuentro, con el diálogo". Te pregunto si emergió también un Ratzinger "cronista", entre comillas. Él tenía un método académico, pero ¿hay también un aspecto de cronista en su trabajo?

Seguramente sí. Como "cronista", o mejor dicho como narrador de la realidad, tenía una capacidad extremadamente sintética. Lo han contado muchos: incluso cuando hacía falta una grabación para la radio o la TV y le daban un minuto, él en un minuto exacto ponía un concepto tras otro, sintetizando todo perfectamente sin siquiera calcular los tiempos. Tenía una lucidez mental impresionante, fruto de años de estudio.

Recuerdo que contaban —quizás el Padre Lombardi u otros colaboradores— sobre estas reuniones en la Congregación en las que él era capaz de seguir un diálogo académico profundo y luego, al final, hacer el balance y la síntesis perfecta del discurso. En este sentido era un "cronista de alto nivel", ayudado por su formación de estudiosos.

En el Consejo, el Cardenal Prefecto hacía hablar primero a todos los demás. Escuchaba todas las opiniones y reflexiones, haciendo hablar primero al más joven o al último en llegar, para que no se sintiera condicionado o en dificultades al tener que contradecir a quien había hablado antes. Solo al final intervenía él. Esto denota una gran atención a la escucha.

Está también aquel episodio bellísimo, que dice mucho desde el punto de vista humano, de aquella vez en que Ratzinger no participó en la reunión de la Congregación porque se discutía sobre su amigo jesuita, el Padre Juan Alfaro. Alfaro enseñaba en la Gregoriana y se había convertido en un defensor de la Teología de la Liberación, algo incomprensible para Ratzinger. Sin embargo, Ratzinger dijo: *"No quería perder mi amistad con él, por eso esta fue la única vez en todo el tiempo que fui miembro de la comisión que falté a la sesión plenaria"*. Esto me parece una señal potente del tipo de persona que era.

Entonces, ¿qué rasgos emergen de su personalidad? ¿Era una personalidad mansa pero también fuerte? ¿Y cómo se relacionaba con sus interlocutores?

En mi opinión, el peso de los años de la infancia y la familia en la que vivió lo orientaron mucho. Era una persona mansa, un alma gentil por naturaleza, quizás también un poco tímido, pero absolutamente conciencioso en la búsqueda intelectual y espiritual. De esta concienciosa búsqueda nacía una seguridad: la seguridad en lo que se cree permite ser intelectual y espiritualmente muy fuertes.

Hay una expresión bellísima: *"Habitar en Dios"*. Quien vive esta condición tiene una actitud de serenidad, de mansedumbre y tranquilidad incluso ante situaciones rocambolescas. Desde fuera podía parecer distancia, pero en realidad era todo lo contrario a frialdad; era una firmeza de fe. Este "habitar en Dios" se vio mucho en los últimos años, como Papa Emérito. Quienes estaban cerca cuentan cómo se preparaba para el final, con una total ausencia de dudas de fe. Dijo también: *"Yo no he sido uno de esos santos que han vivido las grandes noches oscuras"*.

¿Qué nos dice la diferenciación entre los varios interlocutores que has escuchado? ¿Hay un cuadro unitario?

Sí, hay una actitud que permanece constante. Como decías tú, siguió siendo siempre la misma persona: de niño, de estudiante, de teólogo, de Prefecto, de Papa y de Emérito. Era fiel a sí mismo. Algunas características son evidentes en todos los relatos: la relación con los estudiantes y los jóvenes, y la voluntad de defender siempre al más débil. Quizás esto nace de su experiencia académica, cuando el profesor Michael Schmaus le reprobó la tesis de habilitación y él corrió el riesgo de tener que dejar la academia, una situación complicadísima para su familia. Aquella experiencia le dejó la voluntad de proteger a quien está en dificultades.

A menudo la prensa lo describía como débil, incapaz de tomar decisiones o arrollado por colaboradores torpes. En cambio, en los momentos cruciales —como el escándalo de los abusos sexuales— mostró una limpieza y una capacidad analítica, pero también "simpática" (de compasión) hacia las víctimas, que no se pueden pasar por alto.

Era también muy irónico. Hay una historia simpática: Ratzinger no conducía. Un día, un amigo que lo llevaba en coche se lastimó la pierna jugando al fútbol. Ratzinger le dijo: *"¿Pero a tu edad juegas todavía a la pelota?"*. Había una familiaridad muy tranquila.

Emerge esta capacidad de disfrutar de las pequeñas cosas, típica de quien ha pasado la guerra. Por ejemplo, la esposa del editor alemán cuenta que cada vez que venía de Alemania le traía espárragos. Él daba valor a las cosas sencillas de la existencia.

¿Qué tipo de santidad es la del Papa Benedicto?

"Habitar en Dios", seguramente. Fue un santo muy "normal". Yo no tengo dudas de que haya sido un santo —no quiero abrir causas canónicas porque es un tema espinoso—, pero si la *vox populi* tiene valor, para mí lo es. Se hizo cargo de situaciones muy pesadas de la Iglesia, habló con el Señor toda la vida y trató de vivir a la luz del discernimiento. No es quizás el "santo de la puerta de al lado" en el sentido popular, porque es un gigante intelectual, pero la sustancia es esa.

¿Hay alguna anécdota particular que te haya sorprendido?

Sí, una cosa que surgió durante la escritura del libro que no me esperaba. Me la contó Monseñor Alfred Xuereb. Me dijo que leyera su diario. Me impactó mucho la descripción de la amistad con Juan Pablo II. Es una relación fundamental para entender a Ratzinger. Encontré confirmaciones de su humanidad y sinceridad. Me impactó que ninguno de los entrevistados quisiera "jactarse" de ser su amigo. Nadie decía: "Sí, éramos íntimos". Había un gran pudor y respeto, lo que confirma que no se rodeaba de oportunistas. Esta indagación sobre la amistad me tocó personalmente. Hoy veo una desaparición de la amistad en nuestro mundo, sustituida por "amigos oportunos" que aparecen y desaparecen. Ratzinger en cambio, aun siendo un hombre de poder (en el sentido eclesiástico del término), cultivó relaciones verdaderas, basadas en la dignidad de la persona, no en el cargo. Nunca quiso ocupar "puestos", quería ser intelectual, pero aceptó lo que se le pedía, con un espíritu agustiniano.